

Nº 03

Adolescere. (Latín)
Crecer, desarrollarse, ser criado o alimentado.

FU
TU
ROS

#ADO
LES
CERE

12 cartas y un epílogo
desde el fondo del estanque

Jesús Gallego Herranz



12 cartas y un epílogo desde el fondo del estanco

Jesús Gallego Herranz

Edita:

Jon Echeverría Esquina
Laboratorio de innovación socioeducativa
de Asociación Navarra Nuevo Futuro

Diseño y maquetación:

Verano González (Cuarto y Mitad)

Depósito legal:

DL NA 2414-2025

www.nuevo-futuro.org

www.laboeduca.org

Publicación enmarcada en los proyectos KaleanCalle-Nexus e Infancia-360ºHaurtzaroa que pretende articular mejor la educación social con el contexto educativo en los territorios y contribuir a una atención a la infancia y adolescencia renovada y más conectada. Promueve Asociación Navarra Nuevo Futuro y con la colaboración de Gobierno de Navarra y Programa INNOVA (Fundación Caja Navarra y Fundación La Caixa).

Huarte, Noviembre de 2025



Un programa de:



labo|educa





FUTUROS #Adolescere* es un proyecto editorial del Laboratorio de innovación socioeducativa de Asociación Navarra Nuevo Futuro. **FUTUROS #Adolescere** quiere ser un canal de expresión para personas vinculadas a la atención a la infancia y a la juventud, que quieren contribuir con su visión subjetiva y crítica al conocimiento colectivo. Queremos que el sector de la infancia, asumiendo su carácter interdisciplinar, pueda contar con una plataforma de reflexión crítica, que imagine el futuro y que contribuya así a crearlo. Consideramos que puede ser útil contar con este tipo de tribunas para desde el rigor y la deontología, pero también desde la libertad, poder “pensar en voz alta”, sin las ataduras de otro tipo de publicaciones más institucionales. Son pistas y propuestas abiertas, reflexiones que sin estar consolidadas pueden ensanchar el debate. Esperamos que esta colección de artículos crezca, y que fertilice el ámbito de la atención a la infancia y a la juventud en clave de futuro.

Las opiniones que se vierten en esta colección pertenecen exclusivamente a sus autores/as.

Si te interesa presentar algún texto, no dudes en contactarnos: ***lazos.liens.loturak@gmail.com***

**Adolescere: verbo latino que quiere decir crecer, desarrollarse, ser criado o alimentado.*

FUTUROS #Adolescere* Asociación Navarra Nuevo Futuro Berrikuntza giza hezkuntzako laborategiaren proiektu editorial bat da. **FUTUROS #Adolescere** haur eta gazteen zaintzarekin lotutako pertsonentzako adierazpen-kanala izan nahi du, ezagutza kolektiboari euren ikuspegi subjektibo eta kritikoari ekarpena egin nahi diotenak. Haurtzaroren sektoreak, bere diziplinarteko izaera bere gain hartuz, hausnarketa kritikorako plataforma batekin kontatu ahal izatea nahi dugu, etorkizuna irudikatu eta horrela sortzen laguntzen duena. Uste dugu plataforma mota hori edukitzea, zorrotasunetik eta etikatik, baina baita askatasunetik ere, oso erabilgarria dela «ozen pentsatu» ahal izateko, beste mota bateko argitalpen instituzionalagoen loturarik gabe. Arrastoak eta proposamen irekiak dira, sendotu gabe eztabaida zabal dezaketen hausnarketak. Artikulu-bilduma hau hazten joango dela espero dugu, eta etorkizunean haur eta gazteen zaintza arloa ernaltzea. Bilduma honetan adierazitako iritziak egileenak dira soilik.

Testu bat bidaltzeko interesa baduzu, ez izan zalantzarik eta jar zaitez gurekin harremanetan:

lazos.liens.loturak@gmail.com

***Adolescere :** *Hazi, garatu edo elikatu esan nahi duen latinezko aditza.*

FU
TU
ROS

#ADO
LES
CERE

Nº 03

12 cartas y un epílogo desde el fondo del estanque

Jesús Gallego Herranz

12 cartas y un epílogo desde el fondo del estanque es un compendio de textos cortos y afilados que pretenden hacer pensar y hablar. Reflejan la energía notable de su autor que lleva toda una vida dedicada al acompañamiento de adolescentes en momentos vitales complicados. Escribe desde la práctica, con respeto por el oficio, pero sin ahorrarse las críticas al sistema establecido. Es un ejercicio de libertad y de generosidad sin los marcos de lo políticamente correcto. Porque el mundo social y educativo necesitan de más variedad de voces, de contradicciones y de debates, de contrastes y de oxígeno y de palabras comprensibles. No se trata de tener razón todo el tiempo, sino de agitar y refrescar nuestra pantalla, de renovar y de volver a mirar conectados a la tradición, pero en un mundo siempre nuevo. Estos trece textos representan un programa intenso, profundo y auténtico por seguir sosteniendo y acompañando, sin dejarnos invadir por la melancolía. Jesús Gallego nos invita desde la tierra y la cotidianidad a entusiasmarlos con la tarea educadora. Como él mismo dice, son sus “imprescindibles (imperdibles) educativos”.

EDUCACIÓN / ESCUELA / FORMACIÓN PROFESIONAL
/ ACOMPAÑAMIENTO SOCIOEDUCATIVO



“12 letters and an epilogue from the Bottom of the Pond” is a collection of short, incisive texts aimed at to make readers think and talk. They reflect the remarkable energy of their author, who has spent his entire adult life accompanying adolescents through the most difficult moments in their lives. He writes from his vast experience as a teacher, with great respect for his profession but without holding back any criticisms he might have of the education or social services systems. It is an exercise in freedom and generosity without some of the constraints of political correctness. The socio-educational world needs as many distinct voices as possible to advocate on its behalf, to ruminate on its contradictions, to breath into it new life, and to evolve. It’s not about being “right” all the time, but about shaking up and refreshing our point of view, forcing us to look at old situations in a new light, connected to traditions while not losing step with an ever-changing world. These 12 letters are intense, profound, and authentic reading material and can help us continue supporting and accompanying young people through their development without letting ourselves succumb to desperation and melancholy. Jesús Gallego invites us from his unique, down-to-earth perspective to reflect on and be enthusiastic about the task and gift that is giving young people an education.

EDUCATION / SCHOOL / VOCATIONAL TRAINING
/ SOCIO-EDUCATIONAL ACCOMPANIMENT

12 cartas y un epílogo desde el fondo del estanque

Jesús Gallego Herranz¹

¹ Jesús Gallego Herranz (Nava de la Asunción, Segovia - 1963) es pedagogo y profesor, licenciado en Ciencias de la Educación. Es educador y director en Centro Puente, en Puente la Reina (Navarra) desde 1995. Dedicado al alumnado en distintas situaciones de vulnerabilidad, ha asesorado en temas de convivencia, diversidad e inclusión. Es Corazonista, Hermano del Sagrado Corazón, institución con más de 200 años dedicados a la educación en distintos lugares del mundo. www.centropuente.es

01^ Estar

No sé si te suena: “*El fondo del estanque*” es el nombre del establecimiento educativo donde se desarrolla la acción de la película “Los chicos del coro” (2004), de Christophe Barratier. Si no recuerdo mal, lo pone en un gran letreiro, delante de la finca y recuerda irremediabilmente a la entrada de algún campo de concentración. La escena y el mismo nombre me parecen duros, dramáticos, hirientes... pero ayudan a situar.

En una ocasión, un grupo de alumnos y alumnas de *Centro Puente*, subieron a la ermita de San Guillermo, enfrente del pueblo de Obanos. El ermitaño, viendo que tenía público, insistió en explicarles algo de la ermita y de paso adoctrinarles un poco. Les habló del infierno. Preguntó a una alumna si creía en la existencia del infierno. La alumna respondió. “*¡Claro, vivo en él!*”. Sin duda hay que saber dónde estamos cada uno.

Tengo pocas pretensiones al escribir. No puedo más que repetirme y repetir a los demás. Me anima la necesidad de volver a “lugares comunes”, ideas esenciales, ideas de sentido... A los educadores, profesorado e instituciones con una historia en la educación nos están robando el discurso, nos están *comiendo la tostada*... Callamos, protestamos por los bajines, lloriqueamos, pero no hay un verdadero espíritu crítico, alternativo. Se repite hasta la saciedad la siempre invocada innovación educativa. Ahí están, bancos patrocinando vídeos de los nuevos predicadores de la educación y de la doctrina en periódicos que fueron de izquierdas. Multinacionales de lo digital, reyes de la nube, diciéndonos por dónde tiene que ir la educación; mientras el profesorado calla, baja la cabeza y come.

Hablamos por debajo, para seguidamente comprar sus productos, reproducir sus discursos y sentirnos tranquilos por no perder el tren de la innovación.

¿No vale nada nuestro pasado? ¿No vale nada el saber de nuestra experiencia?

¿No tiene vigencia nuestra visión del humanismo cristiano? ¿No tiene sentido la defensa de la persona, sobre todo de la más necesitada? ¿Quién hablará, mirará, a los que quedan en el fondo del estanque? ¿Dónde estamos?

Existe una respuesta que me parece dura, pero cierta. *Nuestro pasado no justifica nuestro futuro*. Ni tan siquiera un pasado digno, bueno, en muchos casos ejemplar.

Lo verdaderamente novedoso, lo innovador hoy es ponerle rostro de persona a la educación. Concretar los valores importantes, los gordos, las virtudes decisivas, cuando el mercado quiere comercializarlas y el marketing quiere pintarlas de colores atractivos y superficiales. Ese tesoro lo hemos tenido en nuestras manos. Lo llevamos en las vasijas llamadas carisma, vocación y evangelio. Y si llevamos un tesoro, se nos debería notar en la cara, en la mirada y en el brillo de los ojos. De esa forma podemos parecer convincentes, creíbles, atractivos.

Hoy como nunca, políticos de derechas y de izquierdas andan mangoneando lo sustancial, dejando vacía la actividad sagrada de la educación. El resultado es el hombre sin rostro, el más vulnerable y manipulable de los seres con cara de sentirse todopoderoso y libre. Políticos y comerciantes nos han robado el discurso educativo, lo han dejado hueco, lo han adornado con sus eslóganes de cartelera en un refinado marketing, usando las más intensas palabras con colores llamativos. Nos han llevado al mundo del rumor,

de la opinión cambiante y de la información amontonada; nos han alejado de la profundidad y de la sabiduría pero lo siguen llamando educación.

Y nosotros ¿dónde estamos?

02^ El cómo también es importante

Me sorprende la poca destreza y *simplonería* que desprecenden esos anuncios de colegios, institutos, academias y centros universitarios que presumen de una metodología innovadora, trabajo por proyectos, nuevas tecnologías u otra cualquiera. Muy a menudo es una reducción al ridículo. Un centro educativo, si tiene que presumir es de manejar muchas metodologías. Pero lo que roza el escándalo y da mucho qué pensar son esos procesos de innovación educativa iniciados por muchos centros, con su correspondiente bombo, platillo y gasto económico, y que termina en la aplicación de las mismas metodologías que otros centros educativos colindantes. Es más, casi todos suelen terminar en lo mismo. Es decir, en lo que parece ser el único camino, el pensamiento único; ese lugar en el que hay que estar o si no estás, no eres.

Rascas un poco, lees y resulta que ya todo estaba escrito. Los gurúes con nombres en inglés y las multinacionales ya habían tenido el descaro de dictar lo que había que hacer para que lo educativo pareciera siempre *nuevo*. Sobre todo eso, que sea nuevo, no necesariamente *educativo*. Si hay quien cree que exagero que rebusque en la bibliografía de Marc Prensky; o más fácil, que en los panfletos que en otra época fueron periódicos lean lo que se escribe al respecto, sobre todo cuando está patrocinado el artículo, con todo descaro, por marcas como *Samsung*, por *Microsoft* o por

cualquiera de las otras del mismo rango que *pululan* sobre lo mismo.

Y si andan en estos temas es que hay algún tipo de interés o dinero, o las dos cosas al mismo tiempo.

No, no soy un *crítico* de la innovación, ni alguien que ve conspiraciones de los grandes capitales en la vida de la humilde ciudadanía. Voy por otro lado: la metodología es una responsabilidad y una labor de la persona educadora, del equipo docente y del centro educativo...no de *terceros*. Y se nos está apartando de ello, tratándonos de anticuados, de asentados en el pasado y de poco formados. Y con el castigo correspondiente: interminables reuniones que no llevan a nada, burocratización, realización de programaciones que nadie recuerda después, protocolos imposibles, registros, informes, actas...y el vídeo promocional que no falte. Esto supone retirarnos del *cómo educar para distraernos en los envoltorios*, entretenimientos y comisiones de festejos.

Y el colectivo docente resulta caer en un eterno festival del desorden; se renueva por fuera y termina con el tiempo en una crisis con su oficio y con una especie de traición a su vocación. Qué lejos queda esa reclamación de los años 90 de la autonomía del centro, del equipo educativo y del profesor. Hemos vendido esa autonomía y gran parte de nuestra autoridad moral por una *tablet*. Y entramos al aula poniendo nuestra mirada en los cables de conexión del ordenador en lugar de ponerla en los ojos de nuestro alumnado.

¿Pero qué podemos hacer? Propongo adoptar una postura más analítica, crítica y proactiva (de aquí la necesidad de formación). Y ponerle otra mirada a lo que se nos propo-

ne o impone. No toda innovación es educación. Si María Montessori levantara la cabeza y viera todo lo que se atribuye como de su autoría, se partiría de risa o se volvería a morir (del susto). Las metodologías colaborativas y de trabajo basadas en proyectos (de dudosa innovación cuando hace cien años que se ideó en la universidad de Columbia por William Heard Kilpatrick) chirría en su aplicación en una sociedad de competidores, en un sistema al que se llega por oposición a los demás y en unas aulas en las que se clasifica y se puntúa de forma sistemática.

También considero que la metodología llamada *gamificación* (ludificación) no soporta el más mínimo análisis desde una perspectiva humanística y de *bien común*. Este supuesto método, de indudable *efecto motivador* y *brillantes resultados* se basa en reproducir los principios del videojuego: la fragmentación, la compensación continua e inmediata y la competición (en definitiva, ratas en un cajón de laboratorio).

Y también tenemos otra tarea por acometer: reclamar la innovación como propia (quitársela a los *usureros* de la educación) y aplicarla en nuestro centro y en nuestra aula. Sí, innovar en el cómo ejercemos la vinculación, el afecto en cada acción educativa, en el trato con cada alumno, con cada alumna. Innovemos para responder a esta sociedad descarnada poniendo el corazón en todo (no solo en la cartelería).

Tenemos que innovar la palabra y con la palabra, en un mundo en que todo nos lleva solo a la imagen, donde la comunicación quiere volver a ser primaria, a base de emoticonos. Tenemos que *hilar muy fino*, formarnos muy bien e innovar en cómo ponemos interés, motivación y seducción en nuestra forma de tratar y de enseñar. Sí, he di-

cho *seducción*, hoy más que nunca. (Aprendimos con los maestros y maestras que nos sedujeron y que recordamos después de tantos años. Son los que recordamos). Porque recibimos a un alumnado en la enseñanza obligatoria con la curiosidad, las facultades de descubrir y de admirar atrofiadas por la hiperestimulación y las prisas de la sociedad. Esto sucede en un sistema en el que las familias exigen resultados mágicos muchas veces. A ver cómo motivamos en estas circunstancias y como seducimos.¹

En el *cómo* también está el sentido y nos jugamos nuestro ser educadores, nuestra coherencia y la fidelidad a nuestra vocación educadora. En el *cómo* también está nuestra esencia.

03^ El sentido

Desde hace años, en el equipo de Centro Puente tenemos por costumbre, ante cualquier incidente o problema provocado por un alumno/a terminar hablando. La pregunta terrible, y aquí está la novedad, es preguntar *¿Para qué?* ¿Para qué has hecho lo que has hecho?

Ante la presión, y de forma instintiva, los chicos y chicas suelen responder a la pregunta del *por qué*. Con lo cual hay que recordarles que les hemos preguntado el *para qué*.

La pregunta *para qué hacemos lo que hacemos* nos descoloca. Nos rompe la lógica habitual de planteamiento y nos hace revisar las respuestas. Esto la convierte en una pregunta interesante, importante y merece nuestra atención y nuestro tiempo.

1 ^ Vuelve a leer Pennac, Daniel (2007): *Mal de escuela*. Ed Ramdon House. Porque todos merecemos tener oportunidades.

Quiero evocar con estos comentarios el tema del sentido de nuestros actos y llevaros a la cuestión del *sentido último*. No pretendo resolver nada. Simplemente poner sobre la mesa, ante nuestros ojos y ante nuestra reflexión y sentir, las preguntas últimas, las esencias *gordas*, el sentido profundo. Y lo hago consciente de que simplemente con sacarlo hago un acto de rebeldía. Sí, un acto a contracorriente porque no veo, ni leo, sobre esta cuestión en los lugares habituales y más comunes. Tampoco cuando me asomo a lecturas más escogidas.

Vivimos en una sociedad harta de entretenimiento hasta llegar al cansancio, que necesita evidenciar todo de forma transparente y controladora². También se habla de una sociedad líquida³ próximo todo al estado gaseoso y a la evaporación. Por ello hablar de sentido y de esencia no suena bien. Admitámoslo, suena anticuado. Los amigos de lo rancio se han apropiado de estas grandes palabras y las han enmohecido; mientras los amigos de la innovación son demasiado perezosos para buscarle la frescura y la renovación, van siempre corriendo ante el brillo y no les da tiempo a pararse en lo esencial.

Lo miremos por donde lo miremos, el *sentido* está presente. O es propio o lo tomamos prestado. O nos lo trabajamos o tomamos regalado uno *de pega*. O es de los *de verdad* o cogemos versiones baratas de los prólogos de las leyes que se consideran importantes. Sentido hay, otra cosa es que no sepamos responder a estas preguntas: al *por qué* y al *para qué* más profundos. Pero esto se debe a una falta de práctica, o a una evidencia de que llevamos puesto un sentido que no es el nuestro y queremos que no se nos note.

2 ^ Byung-Chul Han (2024): *La sociedad del cansancio*. Ed. Herder

3 ^ Zygmunt Bauman (2000): *La sociedad líquida*. Ed. Fondo Cultura Económica

Y eso se nota. Y lo sufrimos. Y lo sufren los demás. El sentido profundo y esencial orienta nuestra vida. Le da forma, nos da firmeza y seguridad (y no tiene por qué quitarnos flexibilidad mental ni tolerancia). Y nos da continuidad.

Conviene por ello preguntarnos también qué es lo que aporta a los demás. Porque nuestra tarea está volcada en los otros. Los demás son beneficiarios de nuestro arraigo en un sentido fuerte, conformador, vital.

¿No es acaso una traición dedicarnos a la educación solo con carcasa, sin trasfondo, sin riqueza interior y sin sentido que ofrecer? ¿Qué talla de educador/a somos si no llevamos algo de verdadero valor en nosotros/as?

Dice Giancarlo Livraghi⁴ que no expliquemos desde la maldad lo que se puede explicar desde la estupidez. Lo que nos pasa y nos crea tensión, tristeza y problemas también se puede explicar desde el sentido. O tal vez la falta de sentido esté muy cerca de la estupidez.

El sentido nos da trascendencia, y si no, no es *sentido*. Y da trascendencia a nuestra acción⁵.

¿Y acaso no es ese un deseo humano? Sentirnos plenos, en lo que somos y en lo que hacemos. De tal forma que nuestros actos nos *trasciendan*, tengan una dimensión de profundidad y plenitud. De tal forma que estemos cerca de un equilibrio entre lo que *somos* y lo que *hacemos*, entre lo que *pensamos*, *sentimos* y nuestras acciones.

Así, si la educación sigue siendo por emulación principalmente, nuestro sentido fluirá hacia los demás, y no solo

⁴ Giancarlo Livraghi (2012): *El poder de la estupidez*. Ed. Booket

⁵ *Trascendencia*: he aquí otra palabra que nombramos con rubor. Otra palabra desterrada, secuestrada de los discursos. Y la trascendencia nos da plenitud. Nos embarga.

transmitiremos conocimientos, e incluso saberes, sino también sentido de la vida y trascendencia y plenitud. Creo por ello que de esto iba lo que dijimos que era nuestra idea de educación a la que decidimos dedicar tiempo y alma. Y merece la pena que sea así. ¿No?

04^ Fidelidad

Ahora sin rodeos, iré directo al grano: la educación necesita más fidelidad que innovación. Lo contrario me suena fatal: “la educación necesita más innovación que fidelidad”. Sinceramente esta segunda afirmación me suena con poca fuerza, no me da ni para dos párrafos y está más cerca de lo que se dice de forma repetitiva en la actualidad.

Que conste que no es necesario enfrentarlas y que no son contrapuestas. Lo hago para reflexionar, para ahondar un poco, y como en otras ocasiones acercarme a lo que me parece sustancial. Además, la innovación tiene mucha prensa, pero la fidelidad mucho olvido.

De entre las grandes fuerzas que mueven el mundo y nuestros actos están el miedo y el vértigo. Este último tal vez pueda considerarse una versión del anterior aplicado a circunstancias particulares. Pero me permito ponerlos por separado. En una ocasión un alumno me confesaba que yo le provocaba miedo, y ante mí actuaba por miedo. Me permití decirle que no me parecía mala motivación si no tenía otra. Que fuera madurando a ver si encontraba motivaciones mejores para hacer las cosas, pero que mientras tanto siguiera con el miedo, antes de quedarse sin ninguna. El miedo ya tiene mucho discurso, no voy a seguir por aquí.

Me interesa el vértigo. Y de todos, uno en particular. El vértigo a parecer viejo, anticuado, fuera de época. Esto

nos hace usar palabras, para tirarlas y cambiarlas por otras con apariencia de actualidad y si no las encontramos, siempre nos dejan prestada una en inglés. Del mismo modo nos lleva a formarnos, reformarnos hasta volver a uniformarnos. Todo menos perder el paso, o al menos parecerlo. Es preferible el cambio y la velocidad, a la profundidad.

Y esto está alimentado. Cambiar de ideas, de objetos, de palabras, de métodos, de indumentaria, de relaciones, de todo... produce una circulación de la economía, una sensación de vitalidad y un *vértigo*. Nos sentimos más vivos, más activados, más actualizados. El continuo cambio, aunque no se sepa para qué ni hacia dónde nos lleva, es algo propio de esta época sin nombre y de esta economía de fagocitación. A nivel económico es un aspecto común en las propuestas de derechas y de izquierdas.

La fidelidad nos puede traer ecos de otros lares. Y repito, no se contradice con el cambio y la innovación, aunque pueda requerir ciertos equilibrios. Y la verdad, en estos momentos me suena más provocativa que la otra palabra. Y la provocación puede traer renovación, o cabreo. Que cada uno elija.

Me voy a referir ahora a tres fidelidades. La primera es la fidelidad a la educación, a la educación a lo *grande*. A la idea de educación con toda su profundidad y anchura. Fidelidad a los principios de la educación. Es un ideal de plenitud para la persona y para la sociedad. Es un *sacar lo mejor de cada persona*. Esa educación que nos hace artesanos de lo más sagrado de los seres, que nos hace tocar lo más íntimo y lo más común de cada persona. Ese sueño de educación que nos ha generado ilusión, pasión y trascendencia.

Una segunda fidelidad es a nuestros alumnos y alumnas. Trabajamos con personas que *se están haciendo*. No podemos ponernos a su servicio a medias y de forma mediocre. Podemos ser trascendentales. Podemos llegarles a lo más personal para bien o para mal. Y por justicia debemos procurar que sea para bien. La sociedad nos encomienda la tarea delicada y decisiva de la educación. Nuestra mirada hacia la persona de nuestros educandos debe ser limpia, positiva, grande y *engrandecedora*, completa. No podemos mirar ni tratar a nuestro alumnado de forma fragmentada, parcial. Por ejemplo, me parece terrible el olvido que se hace en el sistema educativo de aspectos tan decisivos de la persona como la espiritualidad.

Y creo que debemos ser fieles a nosotros mismos, a lo que nos prometimos, a nuestro camino y nuestra vocación. Somos personas educadoras, no mercenarios. Estamos al servicio de las personas y de la sociedad, no del Boletín Oficial del Estado. Hemos tenidos sueños, aspiraciones, y es más interesante ser fieles a estos legítimos sueños de realización que ir continuamente de rebajas hasta llegar a ser tristemente mediocres y serviles. Nadie puede quitarnos nuestros sueños y debemos regarlos, cuidarlos, hacerlos crecer, ser fieles.

Todas estas fidelidades necesitan corazón, frescura e innovación.

05^ Equilibrio(s)

No vamos a hacer historia, pero sí memoria. Si llevas algunos años en la educación te va a ser fácil, en caso contrario vas a tener que pedirla prestada o estudiar. Sin necesidad de ser preciso vamos a recoger unas cuantas modas, ten-

dencias pedagógicas, o pinceladas educativas que tuvieron su momento de esplendor.

Tal vez puedas recordar, ya hace unos años, cuando todo eran “habilidades sociales”. Esta era la clave y la solución. En otro momento lo fueron “las transversales”, esos aprendizajes, que, dada su importancia, debían estar en todas las materias y tomas de decisión y que era una locura concretarlas.

El aprendizaje significativo nos trajo locos y hubo que leer mucho y definir sus tácticas. Por aquella época también se hablaba de definir las destrezas. Incluso el currículo oculto tuvo otro momento. Era entonces cuando el aprendizaje era cognitivo e incluso constructivista para alejarse del aprendizaje y las pedagogías conductistas. Pero hoy se lleva el aprendizaje cooperativo (debe de ser porque es lo que más se necesita, ya que nunca hemos sido tan individualistas).

Podrás recordar las famosas cajas rojas, cuyos libros eran azules. Esto era motivo de comentarios jocosos de interpretación política. (Me niego a dejar de contar, aunque sea salirse del tema, lo de aquella colección de libros de teología a la que se le llamaba la colección sandía: verdes por fuera, rojos por dentro).

¡Qué locura! Y si tienes más años te podrán sonar los “programas renovados”, arreglo democrático de la reforma de 1970 donde se nos empezó a obligar a usar aquello de los objetivos generales y específicos.

Y llegó lo de aprender a aprender, aprender a hacer y aprender a ser. Que daba qué pensar, ayudaba a estructurar y que no deja de tener su poética.

¡Ay! Confieso que estuve enamorado de los mapas conceptuales.

Pero irrumpió la “inteligencia emocional”. Y otro revuelo. A leer a Goleman. Eso sí...solo su *best seller*⁶; porque de su siguiente libro⁷ ya ni nos enteramos. Y así nos ha ido, que hemos dejado la educación emocional coja, manca y tuerta. Eso sí, cursos, cursillos, jornadas y seminarios no faltaban. El cajón de los certificados (de asistencia) de algunos profesores tiene que ser espectacular.

Y más cercano a nosotros, dispusimos de las “inteligencias múltiples”, el trabajo por proyectos, las nuevas metodologías... El miedo a parecer educador magistral y la necesidad de pedagogías cada vez más activas, participativas y creativas.

También están las buenas intenciones más o menos fracasadas de poner desde primaria la asignatura de economía a raíz de la crisis económica de 2008: ¿quién estaría detrás de semejante propuesta?

Y si hiciéramos la historia de los últimos cuarenta años en torno a la evaluación nos entraría entre un sonrojo y una carcajada solo con los adjetivos que le hemos puesto. En la historia reciente de la educación, para mí, la palma se la lleva la intención de llamar al recreo “segmento de ocio”. Esto es cierto, ahí están las hemerotecas.

Otro ejemplo: estos días se ha presentado en Navarra un programa con la denominación de “ecología emocional” sobre el acompañamiento al alumnado de infantil y primaria.

Se puede realizar un ejercicio similar simplemente citando a autores que tuvieron su momento de gloria. El siempre

6^ Goleman, Daniel (1995): *La inteligencia emocional*. Ed. Kairós.

7^ Goleman, Daniel (2006): *Inteligencia social. La nueva ciencia de las relaciones humanas*. Ed. Kairós.

necesario Piaget, las épocas de Ausubel y de Novak y de Vygotsky, y de Cesar Coll. Y si ya leías algo sobre Summerhill, de la cabeza te salían chispas.

Y luego habrá quien diga que la educación no evoluciona, no cambia. Bueno, a lo mejor cambiar no cambia, pero ha habido movimiento, e incluso agitación.

Me permito sugerir a algún lector/a con recorrido y experiencia que pudiera poner todo este revoltijo en orden e incluso situarlo en el tiempo; la sensación de vértigo está garantizada.

Concluyendo: qué fugaces han sido todas las corrientes. Así, *a ojo*, las tendencias educativas, las modas metodológicas no tienen una vigencia de más de diez años. Entre cinco y diez. Y esto es una pobreza. ¿Por qué tan poca vida si muchas de ellas son grandes ideas, valiosos programas, enriquecedoras visiones? De entre todas las explicaciones, hay dos que quiero resaltar. La primera es que, también en educación, hay un mercadeo de ideas, una vorágine de lo nuevo, un cambio constante donde se pierde la cabeza y se termina en agitación. Falta reposo, falta cabeza, falta mirada amplia. Y aquí está la segunda cuestión, queremos explicar el todo solo con una parte (aquellos de hablar del elefante cuando solo conozco una pata). Nos hemos asentado en la fragmentación, en las miradas achicadas, y eso no da sentido, produce incertidumbre, nos lleva solo a recorridos cortos. Esto de la fragmentación y la parcialidad explican muchos aspectos de nuestra vida personal y social de los últimos años.

Mi propuesta son los difíciles equilibrios. Los equilibrios que dan vida, que son complejos, que a veces son casi imposibles, y que son tremendamente motivadores (y por

ende causantes de frustraciones). En todo lo que he señalado en los párrafos anteriores, incluso en lo que he puesto más ironía, hay una tremenda riqueza, hay unas aportaciones que engrandecen nuestra mente y nuestro hacer. La cuestión es el equilibrio, la visión integral de todo el discurso. Y esto acorde a nuestra concepción de la persona, de la sociedad y de la trascendencia. A la mejor de las versiones. Sin renunciar a la globalidad y la magnificencia. A los ideales y a las miradas más grandes.

Recoger todo, enriquecernos con todo, añadir, mejorar, avanzar, integrar en un equilibrio a la altura de la misión de educar a la PERSONA.

06^ La palabra

Lorenzo Milani, el creador de la escuela de Barbiana⁸, tenía entre sus lemas educativos el siguiente: “Pertenecer al pueblo y dominar la palabra”. Trabajando en una parroquia de Florencia se enfadaba y comentaba cómo era posible que los hijos de la clase obrera fueran capaces de leer los periódicos deportivos y los otros no. Se le ocurrió quitar los futbolines y el ping-pong de los salones parroquiales y empeñarse en despertar la conciencia de los jóvenes. Venía razonando que a la clase obrera se la entretiene para que sea sumisa. Terminó desterrado en el Valle de Barbiana. Allí creó su escuela. Una escuela en torno a la palabra: desarrolló la escritura colectiva, la lectura del periódico, el aprendizaje de varios idiomas y esos alumnos terminaron escribiendo el famoso libro “Carta a una maestra”. Hoy es una obra desterrada de la carrera de ma-

⁸ VVAA —Alumnos de la escuela de Barbiana— (1986): *Carta a una maestra*. Ed. Hogar del Libro.

gisterio y de pedagogía, y de las bibliotecas de las salas de profesores.

Por cierto, ¿Hay biblioteca en la sala de profesores?

Hay formas diversas y muy perversas de dominar a las personas, y otras más sutiles como quitar el *derecho a la palabra*. Y esto se puede hacer sin dañar aparentemente su libertad. Simplemente hay que, por ejemplo, suplantar la comunicación de la palabra con la de la imagen hasta el extremo. Hasta perder el vocabulario, reducir a lo más simple la expresividad e infantilizar la mente. Ahí lo dejo para que le des un par de vueltas antes de negarlo sin pensarlo.

Las personas que nos dedicamos a la educación deberíamos ser expertas de la palabra y de la comunicación (hoy los expertos en estos temas son los publicistas). Deberíamos hacer a nuestro alumnado experto y dominador de la palabra y de su expresividad. ¿No es esta la base de la evolución? Vale; nos pusimos erectos, desarrollamos la mano prensil, se nos cayó el pelo y se nos reconfiguró el cráneo. Pero lo clave fue el desarrollo del pensamiento y la palabra (y amar y poder ser amado como nadie).

Por eso no entiendo que desarrollar un tipo de lenguaje tenga que desplazar a otro; el uso de la imagen no puede ni debe desterrar a la palabra, a no ser que haya alguna intención (del todo perversa).

Pero ahí está, esa sensación de que la palabra está empobrecida, reducida a círculos de expertos y aficionados que cultivamos un vocabulario alrededor de nuestras especializaciones y gustos, pero sin el brillo y la emoción de quien tiene un tesoro. Hay quien habla sesudamente de estos hechos: la pérdida de las subordinadas, la simplificación del vocabulario, el olvido del subjuntivo, la fijación en la lite-

ralidad, la muerte de la metáfora y una especie de *alexitimia*⁹ del lenguaje, falta de expresividad, de emocionar, de encandilar. Y añadiría el empobrecimiento del humor, que debería ser al menos ocurrente y siempre inteligente.

¿Qué nos ocurre, que en nuestras mejores escuelas de primaria no se consigue el cien por cien de comprensión lectora y expresión en lenguaje escrito? ¡Tampoco en secundaria! Y no me importan los porcentajes de las evaluaciones oficiales y oficiosas, me es suficiente con la sensación repetida.

Sé que nuestro alumnado de *Centro Puente* no es representativo de nada en un estudio estadístico... (así se les trata oficialmente, como porcentaje insignificante), pero todos han terminado la educación primaria, y uno de sus grandes déficits es el lenguaje. Y hay quien presume, entre ellos, de haber pasado por la escuela sin haber leído nunca un libro. Y la escuela no se hunde y el Ministerio sigue en la calle Alcalá. ¿Quién fracasa?, se preguntaban en la escuela de Barbiana.

No es por cabezonería, que podría ser, es por crear oportunidades. En Centro Puente solemos poner a nuestro alumnado a leer. Sí, en clase, un libro, sin dibujos ni fotos: leer, en silencio, pasar páginas, con música ambiente, sin distracciones, sencillamente leer. ¿Y para qué sirve esto? Leer sirve para leer. Y después la mente se llenará de poder, de imaginación, de posibilidades. Y otros días escuchamos poemas en la voz de sus autores o en la voz

⁹ La alexitimia es un trastorno neuropsicológico caracterizado por la dificultad para identificar, expresar y procesar las emociones propias. El término proviene del griego: a- (sin), lexis (palabra) y thymos (emoción), lo que literalmente significa “sin palabras para las emociones”.

de otros. No hace falta entender, es suficiente sentir. Y con mucha frecuencia, tres veces por semana, ponemos a los mayores a escribir, seis líneas, para enfrentarse al papel en blanco, a la inexistencia de las musas y a la pregunta del aburrido *¿qué escribo?* Pero terminan escribiendo, porque todos somos escritores.

¿Y cuál es el resultado?: poder oír: “en Centro Puente me he leído el primer libro de mi vida” o “mi madre me ha dejado un libro de un tal Zafón”, o “ese amigo del profe que se llama Machado” o “vuelve a ponernos ese poema, “El Embargo” (en extremeño) que es muy emocionante” o un “ohhhh” ante un párrafo de esa alumna que parece tan especial y que nos ha dejado con la boca abierta. Estos resultados no los encontraréis en el informe Pisa, pero es un intento sencillo y constante por hacer a nuestros alumnos dueños de las palabras. Aunque, tal vez, después se las *roben* las redes sociales. Por eso me parece un éxito la presencia y la insistencia de quienes animan nuestros centros a través de la lectura. Esos simpáticos rincones de lectura, esas nuevas bibliotecas, esos programas de animación y provocación hacia la lectura.

Y como personas educadoras hagámonos más expertas, más dueñas, más creativas de la palabra: para convencer, para emocionar, para encandilar y para seducir. Que todo eso, también es educación.

Sin olvidar dejar un hueco para la poesía, y para la escucha, y para el silencio.

07^ Saber

Hay saberes de mentira y saberes que son lo que tienen que ser. Entre los primeros, el más frecuente, común y cotidiana-

no es el basado en el rumor, el cotilleo y el *chisme*. Y tiene su importancia. Tanta como cada uno le quiera dar. Pero indudablemente, entre quienes le dan mucha, les organiza la vida y les quita el sueño. Ocupa toda su mente y todo su tiempo. Y funcionan así por la vida. Y lo llaman saber y lo llaman vida. No encuentro adjetivo positivo para esta forma de saber, ninguno. Y el asunto tiene chicha, porque los que piensan por los demás y facturan a lo grande por ello, se pusieron manos a la obra y han creado el submundo de las redes sociales. Han sustituido el mover el dedo para apartar el visillo y meter las narices en la vida de los demás, por un movimiento similar sobre una pantalla. Pero no voy a seguir por aquí.

El siguiente nivel es el de *la información*. Este saber se ha hecho un hueco importante, de hecho, para muchos es el saber de verdad, el que vale. Y así llevamos años en la *era de la información*. Y hemos llegado a una borrachera enciclopédica con *su nube* y *su red*, con su herramienta única, el *buscador* y su ser supremo, *internet*. Una maravilla si no fuera por sus conclusiones: “El saber está al alcance de todos, ya somos más iguales”; “No hace falta memorizar, ni enseñar conocimientos”; “Es suficiente con saber dónde está lo que necesitamos saber, dediquémonos a otra cosa”.

Sin duda el primer saber (el del rumor y el *chisme*) nos hace manipulables e inmaduros. El saber de la información nos hace vulnerables y estúpidos, pero con diploma. Vale, es verdad, y nos da cierta satisfacción y distinción.

Montar la educación (y el sistema educativo) sobre el criterio del saber basado en la información no necesita personas vocacionadas, ni con sentido de humanidad, ni con sentido trascendente. Necesita *idiotas*, es decir, personas sin sentido del *bien común*. Con un ministerio, mucho di-

nero, conexión de fibra y personas serviles y sin espíritu crítico se pueden conseguir grandes resultados, incluso en las evaluaciones externas e internacionales.

Vayamos al siguiente nivel: *el conocimiento*. Aquí se necesita precisar más y distinguirlo del anterior nivel. El *conocimiento* es la información *con sentido*. Son los saberes organizados, con criterio, que crean un mundo, una estructura, que tienen una finalidad y que cada cual puede hacer crecer. No es la información, son los saberes *purificados* y *articulados*, con su utilidad, con su dirección. Ayudan a estructurar la mente, la vida, la persona. Aportan sentido y satisfacción. Son el aporte de la humanidad y tienen (si no se cruzan intenciones perversas) un aporte al bien de todos. Y necesita de todas nuestras habilidades mentales.

No me resisto a insistir. Los detractores de la memoria la han menospreciado hasta hundirla y desterrarla de los aprendizajes. Los contenidos y conocimientos que adquirimos y memorizamos, si somos capaces de ir más allá (aquí está la clave y no en la memoria) nos permiten establecer relaciones, conexiones y crear nuevo conocimiento y sentir el placer de descubrir y de saber. Para esas relaciones necesitamos las herramientas de la mente: analizar, sintetizar, deducir, inducir, razonar, crear, abstraer, concretar, ejemplificar, criticar, expresar, escribir. Convencer, sugerir, encandilar, enamorar. Hablamos así las herramientas de la vida que cada uno llevamos y que la escuela nos debería potenciar al máximo. Una escuela montada con estos criterios puede ser interesante, motivadora y de grandes posibilidades humanizadoras.

¿Y si añadimos a la escuela y a la vida el siguiente nivel, el de la sabiduría? *La sabiduría* que va más allá del conocimiento. La que sale de la vida vivida y nos lleva a la

vida para vivirla con intensidad y disfrutarla. Me refiero a esa sabiduría de quienes han sido capaces de vivir y de producir experiencias, y meter lo que han vivido por la mente, el corazón y las entrañas y hacerlo saber, como vida *saboreada*. Me refiero a la hondura, a la anchura y a la trascendencia. Esa sabiduría que da brillo en los ojos, sentido en el todo y felicidad verdadera. Esa sabiduría que se transmite con presencia, que tiene un largo recorrido y una expresión sencilla.

Ese saber que a veces hemos valorado en personas con años y vida intensa, que han trascendido en lo cotidiano. Por ser mayor no se es sabio: “El tiempo nos da a todos años, y solo a alguno sabiduría”. Sin duda se echa de menos en muchos mayores y se encuentra en personas de distintas edades y con todas las dimensiones cultivadas.

Creo que personas portadoras de esa sabiduría deben estar en la escuela. De alguna forma esa sabiduría se la tenemos que hacer llegar a nuestro alumnado. Ojalá esa sabiduría estuviera más presente en nuestras reuniones, en nuestra sociedad, en nuestra vida. Pediría que estuviera también en nuestra política; a los mejor es soñar demasiado.

Y hay más, sí, más saber. Me lanzo y al menos lo apunto. Es *la iluminación*. Los que han descubierto el saber y la verdad porque han sido transcendidos. Los que, desde la hondura de la espiritualidad, la meditación y la trascendencia más pura llegan a lo más sabio. Sin abandonar la vida, sin despreciar el conocimiento y la sabiduría de la experiencia, pero dándole otra dimensión.

Nada. Decía esto por si nos ayuda a saber dónde estamos y hacia dónde vamos (como personas, como escuela, como sociedad) o a dónde nos llevan. A elegir.

08^ La compasión

Creo que los excesos se pagan. Ha habido (quedan restos todavía) un *sobre-discurso* sobre la autoestima. Viene de años atrás. Libros, discursos, enseñanzas, terapias, interpretaciones... desde la autoestima. Y quejas: “me dañas la autoestima”. Un exceso y un desequilibrio. Esto no surge porque sí. Esto es consecuencia de un pensamiento dominante, de un discurso de la sociedad, sobre la individualidad, la fragmentación y la negación de todo aquello que suene a una generalización con connotaciones de superioridad. A la individualidad le viene muy bien la autoestima. De hecho, es su versión más amable, con más brillo y que suena como de otra categoría.

La exaltación de la autoestima lleva a la deformación de la persona. Pero esto nos viene pasando con muchos asuntos. Hemos psicologizado todo: las relaciones, la interioridad, la vida de pareja, la de comunidad, la sociedad, la política, la comida y hasta la espiritualidad. *Psicologizar* cualquier cuestión es desechar todas las lentes posibles, todas las miradas que tenemos para quedarnos con un cristal pequeño, deforme e interesado. Nos empobrece, nos lía la vida, aunque parece que nos da un discurso seguro, de cierto nivel y con el que se puede funcionar.

Y no seré yo quien vaya contra la autoestima. Para nada. Ni la niego, ni reniego. Ahí está, necesaria y parte de nosotros. Lo que ocurre es que no lo explica todo, y cualquier montaje personal sobre una única pata hace que sea un equilibrio imposible. Porque se trata de equilibrio, pero con todo el conjunto.

Cuando la autoestima quedó manoseada, gastada y fuera de cierta moda, se añadió la empatía. Se atisbaba que el

discurso posmoderno de la autoestima tenía ciertas taras y su recorrido era relativamente corto y circular, llevaba irremediabilmente siempre al mismo sitio... y cojeaba.

Así la sustituta fue la empatía, que nos dio un aire más humanizador, y que recogía y orientaba toda nuestra intención de relación. Con la empatía vino también su hermana melliza: la solidaridad. Empatía y autoestima exigen un equilibrio, una superación, una dimensión integradora y un crecimiento.

Pero solidaridad y empatía también se gastan, y tenemos que renovar el vocabulario. Ya hace un tiempo que resuena con carta de naturaleza la palabra compasión. Reconozcamos que, quitando ciertos círculos restringidos, esta palabra hace unos años también nos parecía vieja, pasada y *ñoña*. Pero se ha refrescado. En entornos religiosos nos parecía poco recuperable. Pero ahí está, circulando de boca en boca, en los círculos de la autoayuda, la educación, la psicología, la espiritualidad y otras *moderneces*.

La neurociencia (y estos son palabras mayores) dice que la empatía y la compasión no son los mismo y que, de hecho, se activan distintas partes del cerebro según ejerzamos una u otra. Por lo tanto, también la neurociencia ha contribuido a refrescar este concepto.

Reclamo y defiendo la compasión, sin menospreciar todo lo anterior. La compasión tiene *un punto* más que la empatía, está más cerca de la acción sin dejar la emoción. La compasión es proactiva, nos saca de nuestro estado de confort y nos lleva al otro para caminar con él. La sociedad, y la psicología y la neurociencia tendrán que admitir la presencia de la compasión en todas las espiritualidades serias.

No deja de ser traicionero eso de importar espiritualidades de otros lugares y hacerlo a medias de forma interesada. Versiones indoloras y de fácil comercialización. Me refiero, por ejemplo, a esas importaciones del budismo, que en las versiones más ruines se convierte en una hiperventilación del cerebro y que nunca llegan a toda la riqueza que tiene por ejemplo en relación con la compasión. Y esto argumentando que lo primero es *uno mismo*. De nuevo el individualismo para no llegar al compromiso.

Y cito el budismo, porque del cristianismo ya nos sabemos la historia y los recovecos para fugarse de lo que duele.

Todo esto lo planteo para reivindicar la compasión en la acción educativa y en la cotidianidad. Sí, en la clase y en el claustro. Es nuestro gran valor. Aunque siempre nos puede pasar lo que decía el poeta y el cantor:

*“Quisiera poner el hombro y pongo palabras
que casi siempre acaban en nada
cuando se enfrentan al ancho mar”* ¹⁰

09^ La ética

Iba a titular este artículo “Lo Bueno” o “La Bondad”. Pero en el último momento me ha dado un ataque de rebeldía y lo he titulado “La Ética”. Sí, desempolvamos ciertas palabras y comprobamos su deterioro en parte por el manoseo y en parte por el abandono; tratar de darles brillo y uso, me parece rebelde. Ética me parece una palabra apartada,

¹⁰ Víctor Manuel escribió la canción *España camisa blanca de mi esperanza*, basada en un poema de Blas de Otero.

con cada vez menos uso. No moribunda, pero sí herida. Rebajada por adjetivos propios de la posmodernidad.

Permíteme que no entre en los pormenores de su distinción, o no, de la moral. De su dimensión más individual o colectiva, de su concepción más profana o trascendental. La ética es al bien, lo que la sensibilidad artística, el asombro y el arrebató es a la belleza; o lo que la sinceridad y el saber son a la verdad.

¿Nos interesa el bien? ¿El propio, el próximo y el común? ¿Nos interesa o hemos renunciado a él? Tal vez hemos vendido el bien y la bondad por un “estar a gusto” y un “no es mi momento”; y hemos cambiado la belleza, por un “me gusta” y la verdad por “déjame tranquilo” y un “depende”.

La ética tiene siempre un referente, un marco. Este puede ser de orden religioso: “Dios”; o uno humano, idealista y socializador: “Libertad, Igualdad, Fraternidad”; o uno más trivial: “Déjame en paz y vamos a molestarnos poco: yo no me meto en lo tuyo, déjame en lo mío”. El primero, el religioso, ya nos viene grande, por trascendente, porque no terminamos de entenderlo y es excesivamente exigente, nos religa demasiado y en estos tiempos nos parece desubicado.

El segundo se nos está haciendo pastoso, tiene un nivel de utopía e idealismo que le sitúan cerca del anterior, aunque este pueda parecer más racional y humanístico. Además, las palabras son demasiado *grandes*, exigentes e históricamente manchadas de sangre.

Lo tercero, lo de “todo depende del momento”, “lo de vamos a molestarnos poco” y “primero voy a mirar por mí” es más digerible y encaja perfectamente con el entorno idiotizado en el que vivimos. Siempre nos queda la expresión “esto es lo que hay, habrá que saber llevarlo, no hay otra”.

La ética no se lleva bien con una sociedad entretenida. Mi pareja es buena si me entretiene, y mi profesora también... o mi clase de matemáticas sea *on line* o presencial. Al igualar lo *bueno* con lo *entretenido*, la ética sobra o hay que buscarle una versión más asumible, que no estropee el momento.

Tampoco se lleva bien con la sociedad competitiva. Se compite para ser y sobre todo para parecer más. No se busca el bien, sino estar por encima del otro. No se convive, se compite. Se compite en la relación, se compite en la escuela, se compite en la calle, se compite en la familia, se compite en la imagen, en el ser y en el tener... es agotador, pero “es lo que hay”.

Y, sobre todo, la ética no tiene cabida en una sociedad *desvinculada*. Entre el individuo y los lazos, hemos elegido lo primero; entre el yo y lo común, lo segundo puede esperar. Todo lo que tiene que ver con crear vinculación está devaluado: la religión (re-ligar), la obligación (ob-ligar) e incluso el ligar se ha adaptado a pasar un rato sin más y sin compromiso.

Así las cosas, hemos hecho una readaptación de la ética. Desecharla del todo no parece conveniente. Con ponerle los adjetivos adecuados puede ser suficiente. Y así hemos llegado a la *ética indolora*. Esto no es mío, es de Gilles Lipovetsky¹¹. Y es exactamente eso, buscar el bien propio y de los demás sin obligaciones, solidaridad sin compromiso y “caridad sin deber”. Vamos, lo que viene siendo, hacer el bien un rato, sin pasarse, o la bondad fragmentada

11 ^ Gilles Lipovetsky (1992): *El crepúsculo del deber*. Ed. Anagrama.

Sobre el mismo asunto se puede leer también Daniel Innerarity (1993) *La ética indolora: en busca de una moral sin inconvenientes*. Cuadernos de bioética, Vol. 4, Nº 14, 1993, págs. 55-60

para no parecer tonto. Todo lo que no sea llegar al ser, a la esencia y a la entidad integradora. El ejemplo más común y desgarrador es pretender cambiar el mundo, ser bueno y solidario firmando las solicitudes en la web de change.org. La ética en un *click*.

¿Para qué es necesario más si uno se siente tan *agustito*? Es lo que Byung-Chul Han¹² llama “de la acción al tecleo”. Lo podíamos dejar así y repetirnos “esto es lo que hay”. Pero tenemos un problema (o asunto, si no quieres dramas). La educación es un acto ético. La educación está transida de ética. Bondad, Verdad y Belleza tienen su casa en la escuela. Y si no es así, solo nos queda modificar la ley anterior, para modificarla después. Renunciar a estos referentes, renunciar a la ética más sagrada, es rendirse a vivir no como personas, ni como ciudadanos, sino como siervos del Boletín Oficial. Las decisiones, las orientaciones, las deciden los expertos, los técnicos que buscan el rendimiento, el resultado, pero no el *bien*. No hay bondad, hay informe de resultados.

En el desvalijamiento de la educación, nos han convencido, prostituyendo el discurso personalista y humanista, que lo importante es que atendamos al individuo, que nos adaptemos a sus necesidades y evitemos que sea un inadaptado al nuevo mundo del mercado y la digitalización. Nos han vuelto a robar. En este caso la dimensión social, política y ética de la educación. Esto deja sin sentido toda educación, pero más si cabe la educación de los vulnerables, de los descartados... nos dejan sin presupuestos (también los económicos) y sin sentido.

12 ^ Byung-Chul Han (2024): *La sociedad del cansancio*. Ed. Herder

No sé lo que ves tú. Yo veo tarea para hacer. Sigo prefiriendo la Bondad, la Verdad y la Belleza... y la misericordia y la compasión y el amor.

10^ Confianza

La confianza es gratis. Pertenece al mundo de los intangibles. Tiene bastante de inexplicable. Cuando falta, nos sumergimos en el mundo de lo soso, de lo superficial y de la sospecha.

Pero le ha salido un enemigo con cara de buena persona: la transparencia. Lleva tiempo reclamándose en todos los entornos: en los del dinero, en las relaciones, los contratos... y en el educativo. Suena bien lo de la transparencia a ver quién es ahora el que la cuestiona.

Por mi parte lo voy a intentar. Y tú que me lees, verás lo que tomas y lo que dejas. Si dejamos entrar a la transparencia, se nos queda arrinconada la confianza. Y si puede, termina yéndose sin decir nada. No. La transparencia no nos hace más confiados, nos hace más seguros, se nos pone cara de “a mí no me engaña nadie, faltaría más”. Esto puede dar cierta tranquilidad, momentánea, pero no se acerca a lo que es la confianza.

Ya hay quien llama a nuestra sociedad, la *sociedad de la transparencia*. Además de otros adjetivos este suena a limpio, da una primera impresión de seguridad, de que hemos mejorado y de que tenemos más control. Te sugiero que pares un momento, cierres los ojos, y profundices sobre esto. Después de un tiempo, contrasta cuáles son tus verdaderos sentimientos y pensamientos hacia la sociedad en la que vives.

Soy amigo de los equilibrios difíciles y de caminos poco transitados. Admito que el equilibrio entre transparencia

y confianza me cuesta verlo. Me parece una apuesta a una de las dos opciones. Una de las dos pierde.

Porque una de las consecuencias, cuando optamos por la transparencia, es dejarnos en manos de la norma, la ley y la evidencia. Alguien dijo sabiamente que cuanto mayor es el número de normas, menor es el espíritu con el que se vive. Se nos pone como personas y como ciudadanos enfrente de la ley y el derecho; y no frente a los ideales y los sueños, la responsabilidad y la bondad. Me viene la imagen de pretender meter la vida, con todos sus matices, en una tabla *Excell*. Todo puede ser redactado en un artículo de ley: la igualdad, el género, los derechos, la libertad, las expresiones, la corrección, el respeto, las ideologías que sí se pueden tener y otras de las que no se puede decir ni “mu”...y hasta un código de colores imposibles de recordar para aparcar en los ambientes urbanitas supuestamente pensados para vivir.

Apliquemos todo esto a nuestro mundo educativo. La sociedad, en principio dueña de su destino, descubre la importancia de la educación y monta un sistema educativo destinado a sus miembros más jóvenes. Aquí ya tenemos un problema: hay quien equivoca educación con sistema educativo. Y alguna persona que se siente con poder llega a creerse que él/ella es el/la responsable de la educación cuando solo se le ha confiado un sistema educativo...y se pone a legislar y a sacar normas creyéndose dueño/a de nuestro destino... y la sociedad calla y tolera. ¡Perdón! Me he dejado llevar. No era este el tema.

Decía que, la sociedad que cree en la educación monta un sistema educativo y le confía su aplicación al magisterio, los maestros y maestras. El tiempo nos ha llevado a que se dejen llamar “profe”. A fin de cuentas son seres a sueldo

y con ese nombre a lo mejor el alumnado le tira menos bolitas de papel a la espalda. El caso es que la sociedad confiaba la acción sagrada de la educación a los maestros y maestras. Sí, se nos confía.

Antes de atreverte a negarlo, desarróllalo un poco. Quienes nos dedicamos a la educación, nos ponemos ante nuestros educandos con toda la fuerza moral, con todo el soporte social de una sociedad que cree en nuestra capacidad, en nuestra acción, en nuestra vocación. ¿Hemos dimensionado alguna vez la autoridad verdadera y poderosa, sana y posibilitadora, si esa confianza de la sociedad en el magisterio fuera real?

No sé si alguna vez fue así. Hoy parecemos sobre todo *sospechosos*. Y por eso nos apuntan en la espalda con normas, reglas, supervisiones, evaluaciones externas autonómicas, nacionales e internacionales y declaraciones de transparencia... y al final *el proceso* se reduce a una media numérica y la sociedad se boquiabierta.

Algo habremos hecho para llegar a esto. No voy a entrar a realizar juicios. Que cada uno empiece por hacer auto-crítica. Me interesa más en este momento centrarme en otra confianza. En la confianza de la que sí somos dueños. La que nosotros tenemos en las personas. La que depositamos de antemano, gratis y a fondo perdido en nuestros educandos. En todos. Sin clasismos, sin tabla *Excell* y sin *informe social*. La confianza ciega, desnuda, aparentemente bárbara y fuera de toda lógica. La que llega y hace crecer. La que pone la base para la vinculación, la cercanía, la seducción y la educación. La que está lejos de todo documento legislativo, protocolario y supervisión miope. La confianza que educa. Sin la cual no se educa. La que hace crecer vida en el desierto, esperanza en la destruc-

ción y crecimiento en el que siente fracasado. La que pone rostro de persona en la hostilidad de los sistemas.

¿De dónde nos nace la confianza? ¿De dónde sale? De nuestra idea de persona y sociedad. De nuestra creencia en la bondad y el bien. Del fondo de nuestro corazón. Tal vez no necesitamos empoderarnos, sino *encorazonarnos*. Y es gratis.

“La escuela tiene un único problema: los niños que pierde. Llegados a este punto, los únicos incompetentes para la escuela sois vosotros, que los perdéis y no os preocupáis de buscarlos. Los problemas de la escuela los ve la madre de Gianni, ella que no sabe leer. Los entiende cualquiera que tenga metido en el corazón a un muchacho suspendido.” (Carta a una Maestra).

11^ Voluntad

Voy a poner toda mi voluntad en escribir sobre la *voluntad*. Parece fácil, pero no lo es tanto. Tengamos en cuenta que tengo que quererlo, debo tener una clara intención o finalidad y debo recorrer, poniendo todo el esfuerzo, para llegar del deseo al resultado, de la intención a la ejecución, hasta lograr la satisfacción.

¡En menudo charco me he metido! Deseo, finalidad, esfuerzo, ejecución, resultado, satisfacción...

Parece ser que la etimología de la palabra voluntad está en querer y desear. Desde el origen hasta ahora le hemos añadido ese sentido de acción, del querer que hace que se cumpla, de fuerza para llevar el deseo hasta la realidad, hasta su cumplimiento y nuestra satisfacción de logro. Se ha llevado bien con otro sustantivo: fuerza. Y la *fuerza de*

voluntad ha estado presente en los discursos de la educación y la formación del carácter.

Pero ciertos extremismos de la virtud, la ideología y el dominio han cargado de mala tinta esta palabra, se la apropiaron, y ahora hay que pedir permiso para usarla sin que le tilden a uno de cualquier cosa.

Esta es una razón por la que en los discursos educativos se la ha venido sustituyendo desde hace mucho tiempo por la palabra motivación. Y la jugada ha salido redonda, una jugada en tres tiempos. Primero se sustituye la voluntad por la motivación; segundo, se le encarga la motivación al profesor; tercero y en consecuencia, es este el responsable de mover (eso significa motivación) a la persona y al grupo, y se le lleva hasta la angustia del éxito y el fracaso. Todo ello eximiendo al alumnado de su querer, de su responsabilidad de ejecución e incluso de la satisfacción del logro. Esto último, la satisfacción, se sustituye por el divertimento en el proceso. En resumen, si no hay logros, es porque el profesor no ha motivado. ¡Apáñeselas, docente!

Sigo siendo amigo de sumas. Por eso considero la motivación necesaria y debe tener su lugar en el discurso educativo, pero no tiene por qué desplazar a la voluntad. ¡Qué mal se nos dan los discursos integradores!

No es fácil deshacerse de la voluntad. El atajo ha sido inventar una nueva denominación, más amable y ajustada a los discursos dominantes. Ahora la voluntad se denomina “inteligencia ejecutiva”. No es exactamente lo mismo, tiene otro acento. Con esta denominación se le ha puesto en el mismo rango que la inteligencia cognitiva, la inteligencia social y la inteligencia emocional. Ahora

intente buscar una jornada, curso o seminario sobre la inteligencia ejecutiva y verá como no está al mismo nivel que las otras.

Esta denominación ha ido acompañada de otras consecuencias: poder estudiar la motivación en su contexto biológico y su base neuronal. La neurociencia ha abierto su campo para su estudio, y sobre todo para su desarrollo. Por otro lado, con esta denominación, se ha permitido renovar las concepciones más clásicas de voluntad y adornarla y enriquecerla con matices y acepciones más acordes a las nuevas necesidades. Todo esto me lleva a pensar que hemos terminado en el mismo sitio, dando una vuelta por otros derroteros. La cuestión es si en el ámbito educativo tiene cabida, con un nombre o con otros, o estamos a otros asuntos.

Aquí cabría hacerse una pregunta personal. En mi ideario de persona, (de mi persona y de la persona del educando): ¿Qué lugar ocupa la voluntad? Si nos descuidamos, es algo que pedimos a los demás, pero que damos por hecho en nosotros mismos.

La voluntad es un músculo. No sé de quién es esta idea, pero forma parte de nuestro constructo personal y social. La voluntad forma parte de nosotros, nos define, tiene sus patas entre la inteligencia, la emotividad y la ética. No nacemos con ella hecha, es educable. Se va haciendo, como todo lo importante, a base de su ejercicio y su uso. El error y la repetición son dos instrumentos para su construcción con fortaleza. Y si no conseguimos una voluntad fuerte, siempre nos queda el consuelo de aquella pintada que decía: “Tranquilo, tu ambición no es mala porque no tienes una voluntad de la misma talla”.

La función de la voluntad es dirigir nuestra vida. Por supuesto, junto con otras facultades. Al menos dirigir nuestros deseos e intenciones hacia su logro y así construir nuestra vida. No podemos separar la voluntad de su finalidad. Nos persiguen siempre las preguntas esenciales. Y ahí está el persistente ¿para qué? Dicho de otra forma. ¿Imaginamos una voluntad sin un *para qué*? Es incluso difícil de pensar en un *para qué* que no sea consciente, sentido e integrado. Aunque, con demasiada frecuencia, nos movemos y movemos nuestra voluntad sin ser capaces de verbalizar el *para qué* real. Se trataría de una voluntad que se mueve *como pollo sin cabeza*.

No sé hasta qué punto hay verdadera libertad si no es con el ejercicio de una sana y fuerte voluntad. Libertad y voluntad están enganchadas al querer, al deseo de lo pleno. En la medida que educamos la voluntad y la ejercemos podemos sentirnos y ser libres, es decir, ejercer la libertad.

Por todo ello me parece esencial que la voluntad esté en nuestros planteamientos educativos desde la consideración de la persona hasta el final. Debe habitar en nuestros diseños, transitar al pensar en nuestra acción educativa y someter su logro en nuestros educandos a la hora de evaluar.

Y, por último, el resultado del ejercicio de la voluntad, es la satisfacción del logro final. O el gusto por el recorrido cuando el resultado no es tan gustoso. En definitiva, la idea es sentirnos contentos gastando nuestras energías en lo que deseamos, en nuestros fines más valiosos. Sí, sentirnos contentos-as. Contento, en su significado original: *lleno, con contenido, con sentido...*¹³

13 ^ Dedico este artículo a la memoria de Abilio de Gregorio (1943-2020) educador, pedagogo y escritor, apelado “maestro de maestros”.

12^ Ser

Las opciones que tomamos en la vida se nos terminan notando. Nuestro pensamiento de fondo se termina viendo en los hechos y en los detalles. Lo que creemos en nuestros adentros, incluso de forma inconfesable, se transmite. Hemos oído muchas veces que no podemos dar lo que verdaderamente no llevamos dentro.

Entre las deformaciones profesionales que arrastro está la de rascar en los discursos grandes o pequeños, en los planteamientos e incluso en los dichosos protocolos para descubrir qué idea de persona está detrás. Me interesan las visiones, e incluso las cosmovisiones, desde las que se habla, se diseña y se pretende proyectar. No hace muchos años, en unas jornadas sobre *disciplina positiva* lancé una pregunta a bocajarro. La ponente se apresuraba a detallar las bondades y utilidades de la disciplina positiva y, como es costumbre entre los innovadores, cargaba contra todo lo anterior por inadecuado (probablemente insegura con lo que planteaba). A mí me faltaba fundamento, base, visión global. Me faltaba comprensión. Así que levanté la mano y pregunté: “¿Qué idea tiene usted de las personas?” Asistía a esas jornadas mi inspector que me aseveró al salir: “Jesús, no te han entendido”.

No lo creo. Más me parece que se exponen ideas, metodologías y propuestas de una validez importante y sin embargo deshilvanadas, fragmentadas, *poco hechas*. Les falta levadura, tiempo y horno. No tienen miga, sino un pobre fundamento. Es muy común en el mundo educativo. Se elaboran, se traen y se copian ideas sin haberlas masticado, hechas propias y cargarlas de sustancia, de trasfondo, de esencia. Así salen de forma continua, rápida y duran

poco. Y es una lástima. Bien conjuntadas, armonizadas y equilibradas nos permitirían una visión de la persona positiva, integral, plena y trascendente.

Por eso soy partidario de equilibrios, lo he repetido mucho. De equilibrios positivos. Que se alejen de consideraciones fragmentadas de la persona, de la sociedad y del mundo. Y sobre todo que se alejen de partidismos, de enfoques extremos que nos hacen perder riqueza. Creo que es una buena solución: lograr una buena síntesis, un buen equilibrio.

Ahora quiero resaltar dos cualidades de la persona. No sé cuánto tienen de esenciales pero creo que son parte del ser y hoy son especialmente necesarias.

La primera es el *pensamiento crítico*. Personal y crítico. En un mundo donde nos dan las cosas pensadas, donde se nos mata la curiosidad con sobredosis de información y verborrea de imágenes, donde se desacredita la independencia del pensamiento, no se cultiva la abstracción y dónde se nos hace creer que somos individuos de un mundo amplio y también aldeanos de nuestros propios sentimientos. El pensamiento crítico me parece imprescindible, necesario para ser y para estar. No obstante, con ello no quiero alimentar la individualidad que ya está omnipresente y sobrevalorada. Recuperemos el equilibrio. De nada sirve el pensamiento crítico sin la acción comprometida. Ser en las ideas, ser en las manos. Ser en la abstracción, ser en el tiempo.

La segunda cualidad es la creatividad. Esta cualidad ha sido robada por ciertas tendencias innovadoras, por pensamientos que pretenden ser rompedores y por tendencias artísticas. Es abusivo el sentido de creatividad dirigi-

do casi exclusivamente a la producción artística. Esto nos pasa también en la escuela. Cuando pretendemos educar esta cualidad pensamos en la pintura, la escritura, la música, la danza. Pero la creatividad es una cualidad de toda persona, necesaria para toda situación. La creatividad es la capacidad de crear y de crecer. Es requerida para la cotidianeidad. Para vivir de forma más alegre y fresca. Es contraria al ajustarse triste e irremediabilmente a la norma, de modo que incluso lo que debemos vivir sin aparente remedio lo podamos vivir y realizar con *creatividad de sentido*. Nos es útil para huir del “las cosas son así”, del “esto es lo que hay”, para buscar otra salida, otras posibilidades, para crear otros caminos y otros sentidos.

¡Qué buena alianza hacen pensamiento crítico y creatividad! Sin duda pueden dar brillo a lo cotidiano y profundidad a la vida. Romper las rutinas y salvarnos y salvar a los demás de este devenir que va acompañado de tanto desasosiego, que parece que no llena, que regala satisfacciones inmediatas que en realidad tiene poco contenido y por lo tanto nos deja poco contentos.

Hablamos de ser *con todo*. Ser con todas las dimensiones. Ser amando. Ser, también con pensamiento crítico y con creatividad en una sociedad, en un mundo, en un universo en el que somos trascendentes, inmanentes y compañeros.

Epílogo¹

Estamos perdiendo el aula

En algún momento, Gregorio Luri¹, ha afirmado que los resultados educativos se han salvado en España por una razón: el profesor, al cerrar la puerta del aula, era dueño y señor de lo que allí se hacía. En medio del galimatías legislativo, ideológico y educativo, el maestro (hablo de maestro-a y profesor-a indistintamente) salvaba los muebles en el aula. Creo que era cierto. Pero ya no porque pienso que estamos perdiendo el aula.

Siento no poder dar datos que demuestren esta afirmación. Pero lo dice el profesorado al que se le caen las manos, lo dicen los padres, lo dice la huella educativa que está quedando en el alumnado, lo dice el alumnado, y lo susurran las estadísticas. Habrá quien diga “pues a mí no me pasa eso”. Para ver más lejos se requiere levantar la vista y sacar la nariz del propio ombligo.

Al comenzar el curso, una alumna de 16 años me confesaba que nunca en su vida había estado en un aula en el que se trabajara en silencio. Interpreto que además de silencio se refiere a un clima de respeto y calidez humana.

Hace tiempo que nos quitaron el discurso y el prestigio como maestros-as, nos rebajaron a funcionarios rasos y se erigieron los ministerios por encima de los magisterios. Se cambiaron las tornas, los ministeriales se creen los dueños de la educación, cuando simplemente se les ha encargado la gestión del sistema educativo. Porque el sujeto responsable de la educación con mayúsculas es la sociedad,

¹ Gregorio Luri (2020): *La escuela no es un parque de atracciones*. Ed Ariel. Este periodista cultural ha escrito mucho sobre educación, escuela y familia.

la tribu. Pero la tribu está entretenida en mil jaranas, casi todas ellas subvencionadas.

Pero, aunque hayamos cedido, seguimos teniendo la responsabilidad. Nos hemos achicado en la queja, en el lloriqueo y en la protesta estéril. En lugar de elegir la proactividad hemos consentido ante multitud de cesiones que nos dejan impedidos y sin sentido. Las siguientes cesiones que comento, pueden ser leídas como soluciones si somos capaces de darles la vuelta personal y colectivamente. No trato de hacer solo un análisis, sino una relación de soluciones.

Hemos cedido la capacidad de decisión en los detalles más sorprendentes: horarios, duración de clases, metodologías, evaluaciones, disposición de las aulas, disciplina, formas de trato. Ahora nos viene todo dado por reglamentaciones, modas, exigencias externas y protocolos, muchos de ellos sin fundamentación educativa. Y nos hemos dejado. Nos ha parecido más cómodo no opinar, que nos lo den hecho. Hemos dejado entrar a *extraños* en el aula y nos han comido el espacio que nos pertenecía como especialistas que somos. Solución: revertir, especializarnos, simplificar, usar lo que funciona, desobedecer (a las administraciones), dejar de poner el acento en innovar y ponerlo en educar.

Hemos cedido ante la tecnología, con el pomposo nombre de la innovación y la digitalización. Hemos dado libre circulación a una propuesta tecnológica zafia, sin elaborar y sin pensar, creyendo que nos iba a quitar trabajo y nos ha quitado sentido y vinculación. Hemos centrado todo en lo extravagante, lo visual, lo espectacular y hemos desterrado las ideas, las palabras y el pensamiento. Hemos matado a los pensadores y nos dominan los investigadores y los

tecnócratas. Nos hemos creído que las nuevas tecnologías no son ni buenas ni malas, que dependen del uso que se les dé. Y no es cierto. Hay muchas voces ya que nos avisan de ello. Pongámoslas en su sitio, en el rincón pertinente. Usemos el pensamiento crítico: los maestros somos nosotros.

Hemos comprado el discurso disgregador de la persona: por un lado, cabeza, por otro lado, corazón y encima de la mesa, las entrañas. Y pretendemos que haya razonamiento sin cultivar la memoria; y que haya elaboración sin palabras; y pensamiento crítico con análisis trillados; e identidad personal con ideas prestadas; y ser sin saber; y saber sin hacer. Cuando nos descuidamos el alumnado nos muerde. Recuperemos la conciencia de que trabajamos con personas, enteras, con todas sus dimensiones, para darles anchura, profundidad y elevación a su ser, por el sagrado encargo y confianza de la sociedad (aunque la sociedad parezca que lo ha olvidado).

Tampoco nos hacemos entender por las familias. Nos miran con ojos fiscalizadores, no confían en nosotros-as. No conseguimos sumar, ponernos del mismo lado, aunque cada uno desde su sitio, con su papel. Parecemos más la ventanilla de reclamaciones, quejas y devoluciones. Se han vuelto exigentes, prefieren un enfrentamiento con nosotros que con su realidad. Revisemos nuestro discurso, reclamemos nuestro papel de educadores, de mediadores, de partícipes en el fin común de la educación con todas nuestras posibilidades y limitaciones.

Hemos cedido la vocación, la vamos disimulando, porque no hay hueco para ella entre las prisas y las sospechas, entre los derechos laborales y los discursos dominantes. Y se nos nota. No llegamos, no convencemos. Hemos perdido la autoridad y la vinculación, le hemos quitado amor y

convencimiento, le hemos quitado entrañas a la educación y nos hemos vuelto insignificantes. Hay más sentimiento en unos *emoticonos* que en nuestras miradas.

Solución: *hacer de las tripas corazón*. Des hacernos de discursos que matan nuestro ser e ir a contracorriente. Fijos en la persona, en la relación. Poner corazón, confianza y compasión. Aunque no se pague. Querer.

Es posible, que incluso esta reflexión esté de más y simplemente debamos recogernos un poco y pensar y dejar sentir qué poso deja en nosotros nuestra dedicación. Cuánta fidelidad hay a nuestro ser, a nuestra intención primera. Después podemos levantar la vista y pensar también en la huella educativa que deja nuestra acción en las personas y en el bien común. Este balance nos podrá permitir rehacernos y seguir nuestra labor con la esperanza necesaria.

En educación hay que **estar**, desc
en unos difíciles **equilibrios**
confianza y la **CO**
persona, con **fidelido**
comprometemos, con una responsabi
toda la persona, también la **volu**
siendo dueños de la **PALABR**

de el **saber**, con **sentido**,
s, donde se pone toda la
COMPASIÓN en la
ad a lo que creemos y nos
lidad **ética** que tiene en cuenta
ntad, cuidando el **cómo** y
A para llegar a **SER**.

FU TU ROS

#ADO LES CERE

Nº 03

Si te interesa presentar algún texto, no dudes en contactarnos:
lazos.liens.loturak@gmail.com

Testu bat bidaltzeko interesa baduzu, ez izan zalantzarik eta jar
zaitez gurekin harremanetan: *lazos.liens.loturak@gmail.com*



FUTUROS #ADOLESCERES

12 cartas y un epílogo
desde el fondo del estante

Jesús Gallego Herranz Nº 03



Un programa de:



labo|educa

Gobierno
de Navarra



Nafarroako
Gobernua

